



XXX

En Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto puede apetecer el cristiano.

Deus meus et omnia.

Dios mío y todas mis cosas.

JACULATORIA DE N. P. S. FRANCISCO.

1. Después que el diligente labrador ha dado término á las diversas labores necesarias para que nazcan y se desarrollen las semillas, y, sentándose fatigado en la estrecha linde de sus campos para examinar sus rudas faenas, contempla de un solo golpe de vista la producción que espera, justa recompensa á sus trabajos, así nosotros, después que con prudente afán hemos dado cima á los variados asuntos de las perfecciones eucarísticas, debemos pararnos un poco, siquiera sea junto á las cristalinas aguas que parten de la fuente de la vida, Cristo Jesús Sacramentado, para examinar las precedentes labores y contemplarlas todas de una vez en un discurso que resuma todo cuanto es la Divina Eucaristía para el cristiano.

2. Sí: hemos visto desempeñar á Jesucristo Sacramentado el consolador oficio de *Padre*, según el cual nos engendra sacramentalmente su segunda gracia, nos cría á sus divinos pechos y nos educa en su filial temor. Le hemos visto ejercer las altas dignidades de *Rey* y *Señor*, á las que

se han confiado los sagrados destinos del mundo. Le hemos visto llegarse á nosotros y practicar á satisfacción nuestra el oficio de *Hermano*. Le hemos admirado á nuestro lado para hablarnos francamente, comunicarnos todos sus secretos y hacernos felices. Le hemos conocido, al declararse, no sólo *Maestro*, sí que también *Amigo* nuestro, al adiestrarnos en el secular combate de la vida, y al comunicarnos sus bellas luces. Le hemos tratado como dulce *Esposo* que recrea el alma, uniéndola á sí para hacerla dichosa. Le hemos considerado como fidelísimo *Pastor* que cuida y apacienta con su propia substancia á sus ovejuelas, como radiante *Espejo* de santas perfecciones, como infalible *Médico* que cura las dolencias del espíritu, y como valiente *Abogado* que defiende con seguro éxito nuestra causa ante su Padre. Nos hemos sorprendido al verle constituido en saludable *Medicina* que sana radicalmente, en eterna *Luz* que brilla en el firmamento de la Iglesia, en profunda *Fe* que induce á creer sólidamente en su Doctrina, en firme *Esperanza* de la salvación eterna, en férvido *Amor* que abrasa y caldea el alma en la caridad santa, en reparador *Alimento* que sostiene las humanas fuerzas, en *Vida* de nuestra vida y en pura *Fuente de todas las gracias*.

Le hemos contemplado de nuevo, y todavía hemos podido admirar en Él nuevas perfecciones y nuevos ministerios, desempeñados á nuestro favor. Por cuanto es Hostia inmaculada, se nos presenta como incruento *Sacrificio* de los altares, que rinde tributo á su Padre, que pide y alcanza por nosotros, que paga y satisface por nuestras culpas; se nos presenta como excelente *Viático* en la peregrinación de nuestra alma al Paraíso, para librarla de las garras luciferianas; como inmejorable *Consolador* en el trance apurado de la muerte, en que la tristeza y la sombra se apoderan del hombre; como poderosa *Casa de Refugio* á donde nos entramos huyendo de las acechanzas de nuestros enemigos; como el mejor *Regalo* espiritual; como la indispensable *Providencia* de nuestras necesidades; como superior *Fortaleza* que nos da ganadas las batallas; habiendo de ser,

finalmente, nuestra forzosa *Resurrección* y nuestra *Gloria eterna* en la otra vida.

¡Qué bueno es Jesús en el Sacramento! No sabe descansar hasta hacernos felices en la tierra y bienaventurados en el cielo. Allí donde ve una necesidad humana, allí se le ve de pie dispuesto á remediarla. No hay asunto en nuestra existencia que no solucione satisfactoriamente; pero aun en medio de todo esto no hemos ponderado todas las divinas perfecciones de Jesucristo Sacramentado. Le hemos examinado, digo mal, le hemos contemplado parte por parte; mas nos hace falta verlo y admirarlo todo de un solo golpe de vista, al través del prisma transparente de la Fe cristiana, y concluir repitiendo que Jesús, en el adorable Sacramento de los altares, es de nosotros y para nosotros, no sólo los encumbrados títulos que de Él hemos estudiado, sino *nuestro todo*, para que ahora como siempre se cumplan aquellas hermosas palabras jaculatorias que siempre estaban en boca del gran Patriarca de los Menores y que he puesto por texto: *¡Deus meus et omnia..!* ¡Oh Señor Jesucristo: tú eres mi Dios y todas mis cosas.

He ahí por qué en el presente discurso, como epílogo á los precedentes, siente por tema el siguiente: *En Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto pueda apetecer el cristiano.*

§. I.

Siempre ha constituido un noble deseo, aunque degenerado en pública monomanía, la aspiración constante del hombre en procurarse una sabia receta que le asegure la buena salud y vida larga; y esto que es imposible á los fervorosos devotos de Hipócrates, no lo es para los puros amantes de Jesucristo Sacramentado, quien, sólo por sí mismo, forma la eficaz receta del espíritu humano para que disfrute de una salud cabal en el tiempo y de una larga vida en la eternidad. En efecto: el hombre cristiano, siempre que guste, puede encontrar en el Sacramento del amor satisfechas sus nobles aspiraciones, porque Jesucristo Sacramentado es todo el bien deseable.

3. Ese divino epitalamio del Espíritu Santo, en el que se cantan bucólicamente los fervorosos deseos, los tiernos suspiros, los anhelados desposorios y los castos goces del divino Esposo con el alma humana, entre los justos elogios que referidos á Aquél pone en boca de ésta, dice lo siguiente: «Mi amado es todo Él deseable (1).» Con esta lacónica frase ha consignado la mística esposa de los Cantares que Jesucristo, su Esposo divino, observado desde cualquier punto de vista, es por todos conceptos y sobre todos los seres apetecible; y lo es, en primer lugar, por ser el Hombre-Dios. No es mi ánimo repetir en este lugar conceptos vertidos en discursos anteriores; pero bueno es recordar que Jesucristo Sacramentado, en cuanto goza de esta doble soberana cualidad, ha asumido en sí propio todas las variadas bellezas y perfecciones sumas de los órdenes divino y humano. En Él se armoniza dulcemente este doble orden. Su rigurosa justicia es equilibrada por la compasión sin límites; su admirable omnipotencia es no menos admirablemente velada por la pequeñez microscópica con que se ostenta en el Sagrario; su inmensa grandeza se asocia á la humilde modestia; su eternidad infinita está circuida, por decirlo así, de los cortos límites de la Hostia inmaculada; sus temibles iras, demostradas en el Sina y en Pentápolis, están compensadas por el cariñoso trato que manifiesta en los altares; su poderoso y activo amor parece como eclipsado por la aparente impotencia del Sacramento; su hermosura sin igual compite con el ropaje ordinario que adoptara para su vida eucarística. Es que Jesucristo quiso mostrarse todo deseable al hombre; y para que éste no se aturdiese á la vista deslumbradora de sus infinitas perfecciones que posee como Dios, escogió el adecuado medio de asemejarse al hombre en sus condiciones ordinarias, aunque perfectas.

¡Qué bello, qué deseable es Jesucristo Sacramentado! Los sublimes encantos de la naturaleza, como los estupendos prodigios de la gracia, y el sentimiento común por lo gran-

(1) Cant.

de, lo perfecto y lo divino, unánimes repiten que el Hombre-Dios es simpático y deseable ¿Qué hay en este Hombre-Dios que no constituya el bien? Qué hay fuera de este Hombre-Dios que no se convierta en mal? Luego en el Hombre-Dios debe hallarse todo el bien, el bien perfecto, el bien sumo. Luego, participando en alguna manera del Hombre-Dios se participa indefectiblemente del sumo bien, de la felicidad suprema; y á este concepto responde el Misterio de los altares, por el que se nos comunica el bien perfecto, la ideal belleza, la bienaventuranza suma.

4. En Jesucristo Sacramentado se hallan ciertamente las delicias: Él las contiene todas (1). Como el cáliz de la flor contiene la suavidad de la miel; y el grano de incienso, el perfume que extasía; y la carne frutal, el exquisito gusto, así también en el Hombre-Dios Sacramentado se hallan depositadas las suavidades de todo sabor. Sus delicias semejan á las del milagroso maná, que sabía á todo cuanto pudiera desear el hombre más exigente; y á la manera que el árbol de la vida, plantado en medio del férrenal paraíso, producía doce frutos diferentes con variedad primorosa de sabores, así el adorable Sacramento del altar, verdadero Árbol de la vida, de quien aquél era hermoso emblema, colocado en medio del paraíso de la Iglesia, produce doce frutos de virtudes que responden á todas las necesidades humanas, con variedad exquisita de gustos, apropiados al paladar de cada individual organismo. El sabio como el ignorante, el rico como el pobre, el sano como el enfermo, la vejez como la mocedad, el temperamento nervioso como el linfático, encuentran en Jesús el goce duradero, el bien en sumo grado.

5. ¿Podremos siquiera atrevernos á parangonar las dulzuras de la tierra con las dulzuras de Jesucristo, bien las consideremos en cuanto á su intensidad, á su duración ó á su perfección relativa? Mientras que los deleites mundanos tienen un límite bien corto, fijado por la sed que despiertan

(1) Sap. XVI, 20.

de nuevos placeres, las emociones producidas por la rica suavidad de Cristo Sacramentado son tan fuertes é intensas que enajenan el espíritu en celestiales éxtasis. Mientras que los placeres sensuales duran un momento, las dulzuras de Jesucristo arraigan en el alma bien dispuesta, quien las percibe gustosa á toda hora. Mientras que los deleites profanos rebajan al hombre hasta el extremo de equiparle á los irracionales, las delicias del Hombre-Dios le ennoblecen, le dignifican y le perfeccionan. Y así como el hombre sensato jamás puede satisfacerse con los sensuales deleites, se satisface siempre con los de Jesucristo. Aquéllos, una vez probados, le producen asco, le llevan al sentimiento y al dolor: éstos, una vez santamente gustados, le causan dulces alegrías, ensayos perfectísimos de los goces eternos.

6. Es que Jesucristo Sacramentado es la felicidad suprema. Ésta es como fuente inagotable que, partiendo de Él, se derrama por el mundo cristiano, percibiendo su agradable frescura y perfecta sanidad los que á ella se llegan con un corazón contrito. Mas hoy se piensa y se desea y se busca poco ó nada al Hombre-Dios Sacramentado, precisamente porque no se le conoce, porque no se le estudia. En esto sucede como en los pueblos atrasados, que no gozan de los útiles inventos modernos, porque los ignoran completamente. Dolor inmenso es no conocer á Jesucristo, y todavía constituye mayor dolor no gozarle. En lugar de separarnos y alejarnos de Jesús hasta perderlo de vista, ¿por qué no vamos en su busca y nos acercamos y nos unimos á Él? El retraimiento de los hombres, en esta parte, es la característica del estado triste y decaído de la sociedad actual. Si Jesucristo es la felicidad suprema, ¿por qué no le apetecemos? ¡Ah! Cuando se conoce bien al Hombre-Dios, cuando se enlaza el cristiano con Él, por motivos de caridad santa, el misterioso nexo que media entre ambos se va estrechando lenta pero indefectiblemente. El ejemplo se destaca en los que fueron grandes pecadores y después llegaron á ser también grandes santos. Veo á María Magdalena, escándalo de su ciudad, amar tan intensamente á Jesucristo,

una vez le ha conocido, que llega á ser canonizada por el Divino Maestro. Veo á Saulo, terrible perseguidor de la Iglesia, concebir hacia el Redentor un amor tan fuerte, después que le ha visto en el camino, que le lleva hasta superar todos los trabajos, los tormentos y la muerte. Veo al Agustino subir las gradas del amor perfecto, luego que ha llorado amargamente sus pecados, que ha podido revelarnos secretos divinos. Veo á Margarita de Cortona y á María Egipciaca, elevarse sobre sí mismas hasta llegar á Dios, una vez detestaron sus culpas, que asombraron al mundo con su ejemplar vida. Y como estos bienaventurados, fueron otros muchos los que después que conocieron á Jesucristo le amaron dulcemente hasta el morir.

Es que en el Sacramento eucarístico se halla cuanto puede apetecer el cristiano; lo cual se demuestra también porque en el mismo Sacramento se sobrellevan todos los trabajos, y por su medio podemos conseguirlo todo.

§. II.

2. En uno de esos felices arranques, propios de almas enamoradas del Salvador, pudo llegar á decir el santo Apóstol: «Todo lo puedo con Aquél que me conforta (1);» y él mismo, con aquella perfecta ingenuidad acompañada de la sencillez asombrosa que le caracterizaba, da cuenta de las grandes y repetidas adversidades sufridas por él en obsequio del honor de Jesús, y del intenso deseo por su propia y ajena salvación. Todo se puede sobrellevar, en efecto, apoyados del brazo de Jesucristo. Si Jesucristo está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros (2)? añade S. Pablo. He ahí por qué con toda razón solía decir la mística Doctora del Carmelo, que «quien á Dios tiene nada le falta, pues solo Dios basta (3).»

Y semejante afirmación, ¿es una afirmación nacida del fervor indiscreto que la razón no aprueba? Nada de extra-

(1) Ad Philip. IV, 13.

(2) Ad Rom. VIII, 31.

(3) Poesías de la santa.

ño tiene que el Dios Omnipotente comunique parte de su poder al hombre para que éste, en caso necesario, adquiera, aún en su cuerpo, algunas de las propiedades del espíritu, con objeto de hacerse resistible á los atrevimientos humanos, á la fiereza de los irracionales, y á las violentas inclemencias del tiempo. En este caso, ¿qué es lo que no podrá tolerar el hombre cristiano? Qué obstáculos no vencerá, qué fuerzas no sujetará, qué trabajos no superará?

S. «Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» y esta frase repitieron cien veces prácticamente en medio de sus terribles adversidades, S. Ignacio, patriarca de Constantinopla, sufriendo en largo destierro las iras de Focio y de Miguel el Beodo; S. Luis, rey de Francia, pobre y prisionero en el Oriente; el sabio Fr. Rogerio Bacón, encarcelado y tratado de loco y de mago por sus mismos prelados; el beato Jacopone, sufriendo alegremente las duras prisiones en que le había aherrojado una de las facciones de Italia; y S. Pedro de Alcántara, despreciado y maltratado por sus propios hermanos.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» añadieron, en medio de sus amargas penas, el príncipe S. Hermenegildo desde su prisión en Tarragona; el papa S. Gregorio VII, afligido por los sacrílegos desmanes de Enrique IV de Alemania; el gran Savonarola ante la hoguera preparada por sus enemigos; la patriota Juana de Arco en presencia del infame suplicio deparado por la horrible ingratitud de sus mismos paisanos; y S. Luis Bertrán en las aflicciones continuas que le ofrecía su temperamento.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» exclamaron en sus largas enfermedades Sta. Clara de Asís, postrada catorce años continuos en el lecho de dolor; N. P. S. Francisco, abatido por su estado enfermizo hasta llegar á quedar casi ciego en sus últimos años; y Sta. Teresa de Jesús, oprimida con recios y largos dolores.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» profirieron con perfecta alegría, sumidos en el penoso destierro, Osio, obispo de Córdoba, desde Sirmio; el papa Liberio desde

Berea; S. Atanasio desde los múltiples lugares á donde fué confinado; el canciller Tomás Moro desde el calabozo; la reina María Stuard desde el suplicio; el rey Luis XVI en la obscura torre del Temple; Pío VI en Valence; Pío VII en Grenoble y Pío IX en Gaeta.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» dijeron á coro Esteban, recibiendo las pedradas; Andrés, abrazado á la cruz en que fué crucificado; Ignacio, esperando á las fieras; Fructuoso, al entrar en la hoguera; Lorenzo, al ser tendido en las parrillas; Sebastián, recibiendo las saetas; Vicente, en el horno de cal viva; Engracia y Eulalia, siendo golpeadas; Justo y Pastor, al ser degollados; S. Pedro Bautista y sus hermanos, al ser en la cruz atravesados.

Sí; todo lo pudieron con Jesucristo Sacramentado á quien santamente comulgaron antes de experimentar los tormentos y la muerte; y ese Pan celestial era el Pan de los elegidos (1), el Pan de los fuertes, ya que nadie se consideraba digno del martirio sin tomarle antes (2); y por eso lo arrojaron todo hasta poder desafiar las furias humanas é irracionales que les condujeron á la eternidad dichosa de los justos.

¿Qué es lo que no podremos tolerar, apoyados con Jesucristo Sacramentado? El cristiano más tímido, que confía en Jesucristo, puede ser tan paciente como Job, tan sufrido como José, tan valiente como David, y tan denodado como Eleazar.

¿Quién como Dios?, gritó S. Miguel en presencia de los infernales espíritus que disputaban al Omnipotente su gloria; y como el arcángel podemos nosotros repetir asimismo á la vista de todos nuestros enemigos, seguros que como él, nuestros adversarios serán vencidos, humillados y proscritos por el Señor; y nosotros pasaremos triunfantes en espíritu durante esta vida, y en cuerpo y alma en la eternidad, apoyados tan sólo de Aquel Jesús que nos conforta.

9. Es notorio á los ojos de la Fe Católica que por esta

(1) Zachar. IX, 17.

(2) S. Cipriano.

palabra *todo* se sobrentienden: 1.º la gloria de Dios, y 2.º las necesidades del alma y también las del cuerpo que ayudan ó convienen á aquélla en orden á su santificación y salvación eternas. El Hombre-Dios nos dejó trazado el plan y método perfectos que debemos adoptar para la oración práctica, en las palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos, etc. (1);» y á su fiel contenido se refería cuando en ocasión solemne dijo á sus discípulos: «Todo cuanto pidieris á mi Padre en mi nombre os será otorgado (2).» La oración elevada con recto espíritu al Excelso tiene un valor inmenso, y ciertamente es despachada: «Pedid y recibiréis (3).» Pero cuando esta misma oración es pronunciada por labios puros, en nombre del Unigénito del Padre, adquiere un carácter divino, el sello que le ha impreso Jesucristo; y entonces, no hay duda de que el Padre la oye, y el Hijo de Dios fuerza, por decirlo así, á su Padre á que la despache satisfactoriamente.

10. Este dogma consolador de la Religión Católica, según el cual, todo cristiano posee en Jesucristo un abogado de sus causas y un medianero entre el cielo y la tierra, todavía adquiere nuevos quilates, todavía es mucho más hermoso si se considera su práctica, no individual, sino en común. Ciertamente que la plegaria, murmurada en común, recibe unas energías tan grandes que impulsan extraordinariamente al Omnipotente á que la oiga y despache. He ahí por qué la asistencia divina que, en particular no prometiera el Hombre-Dios más que al Príncipe de los apóstoles para la seguridad é infalibilidad de la Iglesia, la promete indefectiblemente para su consuelo á los que oran en común, declarándoles en estos hermosos términos: «Donde estuviereis dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros (4).» Y qué, ¿no es una bella garantía de rectitud y de acierto el saber que Jesucristo se halla milagrosamente en medio de nosotros cuando nos juntamos

(1) Math. VI, 9.

(2) Joan. XIV, 13.

(3) Math. VII, 7.

(4) Math. XVIII, 20.